

tos, y otras veces con oír o leer palabras de Dios, o con otros medios que en la Iglesia hay, se hallaron tan maravillosamente favorecidos en la tribulación, que viendo la bonanza del mar de su corazón tan súbita, dicen lo que los Apóstoles (*Mt.*, 8, 27): *¿Quién es Aquéste, a quien los vientos y mar obedecen? Verdaderamente es el Santo Hijo de Dios.*

San Bernardo cuenta lo que él muchas veces había probado, que Jesús, invocado en verdad, es remedio y medicina contra todas las enfermedades del ánima. Y lo que este Santo dijo, experimentó y probó, acaeció a otros muchos primeros y postreros que él; entre los cuales San Jerónimo es un testigo digno de toda fe; el cual, como arriba dijimos, cuenta de sí que viéndose en tribulación de su carne, sin hallar remedio en cosa hecha, ni saber ya más qué hacer, lo halló en echarse a los pies de Jesucristo, llamándole con devota oración; y recibió tal bonanza de la tempestad, que le parecía estar entre coros de ángeles. Porque este favor que Dios suele dar, no sólo es cesar la tribulación que el hombre tenía, lo cual suele algunas veces acaecer por divertir el pensamiento a otra parte o por otras causas semejantes a ésta, mas es un favor que Dios da, con que les pone disposición del todo contraria a lo que primero sentían. La cual mudanza y perfecta liberación, y tan súbita, no está en manos del hombre, según lo entenderá quien lo quisiere probar. De fuera viene, de Dios viene, y por medios cristianos viene, y experiencia es de lo que San Pablo dijo (*1 Cor.*, 1, 24): *Que Jesucristo crucificado, para los llamados de Dios, es fortaleza de Dios y sabiduría de Dios;* porque llamándolo en el día de la tribulación, da luz y fortaleza; para que vencidos los impedimentos, puedan los tales proseguir su camino, cantando en él, como dice David (*Ps.*, 137, 6): *Grande es la gloria del Señor.* Y sintiendo en sí mismo lo que dice el mismo Profeta (*Ps.*, 55, 10): *En cualquier día que yo te llamare, he conocido que Tú eres mi Dios.* Porque el remediarlos presto y poderosamente, les es un gran testimonio y motivo que Dios es verdadero Dios, y que tiene de ellos cuidado.

Y no contamos las celestiales visiones y revelaciones; que aquéllas por milagros se pueden contar, sino cosas más comunes y de las cuales hay más testimonio.

CAPITULO 37

De los muchos y grandes bienes que Dios obra en el hombre que sigue la perfecta virtud, la cual es grande prueba [de] ser verdad nuestra fe, pues ella nos enseñó los medios para alcanzar aquellos bienes.

No sólo gozan los que este camino de la perfecta virtud siguen con diligencia, de ser librados por Cristo en los peligros que se les ofrecen, mas también de alcanzar y poseer tales bienes en su ánima, que se les diga con mucha verdad (Lc., 17, 21): *El reino de Dios dentro de vosotros está; el cual, como dice San Pablo (Rom., 14, 17), consiste en tener dentro de sí justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo. Y así están estos tales tan aficionados y amadores de lo justo y bueno, que si las leyes de la virtud se perdiesen de los libros, las hallarían escritas en los corazones de ellos; no porque las sepan de memoria, mas porque el amor determinado de su corazón es aquello mismo que la Ley dice de fuera, por estar ya su voluntad tan transformada en el amor del bien, y obrarlo con tanta presteza y deleite; y seguir lo que su corazón quiere, es seguir la virtud y huir de los vicios, hechos una viva Ley y medida de las obras humanas, según atinaba Aristóteles. Y de aquí les nace una paz y un gozo tan cumplido, cuanto nadie puede entender, sino quien lo prueba, pues que dice Isaías (48, 18), que la paz de estos tales es como río, y como golfos de mar. Y San Pablo dice (Phil., 4, 7), que esta paz de Dios sobrepuja a todo sentido. Y San Pedro (1 Pet., 1, 8) dice que esta alegría no se puede contar. Maná escondido es (Apoc., 2, 17), que se da a quien varonilmente se vence, y no lo sabe sino quien lo recibe.*

¿Pues de dónde diremos que viene esta tan acabada virtud y descanso, que es arra y principio de la eterna felicidad? No, cierto, de parte del demonio. Porque aunque algunas veces, según hemos dicho, el demonio ha aconsejado a algunas personas hacer algún particular bien, para con aquellos consejos acreditarse para después engañar; mas hacer un hombre perfectamente bueno y cumplidor de la Ley natural —la cual no puede negarse ser buena, pues Dios es

Autor de naturaleza—; esta tal obra, ni la hace el demonio ni la puede hacer, pues no puede dar la bondad que no tiene. Ni tampoco es obra de sólo el hombre; pues tener virtud, cuánto más *perfecta virtud*, con que a Dios sirva perfectamente, *dádiva es del Padre de las lumbres, del cual descende todo perfecto don* (Jac., 1, 17). Y el mismo hombre experimenta una y muchas veces verse librado de males de que no podía salir, y favorecido en bienes que él no podía alcanzar. Y pues esta perfecta virtud, ni es del demonio ni del espíritu humano, resta que sea infundida de Dios, invocado y servido como la fe de la Iglesia lo enseña, y que por los medios de la fe experimenta el hombre venirle aquesta virtud, en testimonio que es verdadera; porque de la mentira no pudieran venir conocimientos tan provechosos para la perfecta virtud, y para invocar a Dios que les favoreciese.

De esta prueba usa San Pablo hablando con los Gálatas (3, 2), diciendo: *Solamente quiero que me digáis: El Espíritu Santo que recibisteis, ¿fué por medio de las obras de la Ley, o por medio de la fe?* Como si dijese: Pues predicándoos yo la fe, y no la Ley vieja, y creyendo vosotros y disponiéndoos a ello con la voluntad, recibisteis al Espíritu Santo, ¿por qué ahora os tornáis a la vieja Ley; pues habéis experimentado que sin ella, y por medio de la fe y de la penitencia, recibiendo el bautismo, alcanzasteis el Espíritu Santo, y su gracia y mercedes? Y así a nuestro propósito, la perfecta virtud que se alcanza por usar bien de la fe y de los otros medios que ella nos enseña, es testimonio que ella es verdadera, pues para tan buena cosa fué medio, y nos enseñó medios. Y así estos tales, tan ricos con los bienes que de Jesucristo les vienen, están tan arrimados a Él y tan ricos con Él, que, cierto, no tienen gana de esperar el Mesías que los judíos esperan, ni gozar del paraíso que Mahoma promete. Porque como desprecian los deleites bestiales de carne que Mahoma en su paraíso promete, y los otros bienes perecederos de tierra que los judíos con su Mesías esperan, partirán mano de buena gana de lo uno y de lo otro, aunque les rueguen con ello. Y acuérdense que estaba profetizado que en el tiempo del Mesías habían de conocer que el Señor era Dios *cuando quebrantase las cadenas del*

yugo de los hombros (Ezech., 34, 27), y que habia de dar Dios corazón nuevo (Ibid., 36, 26), y habia de escribir su Ley en las entrañas de los que la recibiesen (Jer., 31, 33). Y como tienen conjeturas muy grandes que ellos tienen parte en aquestos bienes, esles testimonio que Cristo es venido. Y así por estos y otros efectos, que no se pueden contar, que tienen dentro de sí, están llenos de gozo y de paz, y asegurados con Jesucristo, que si les dijeren que *está otro Cristo en el desierto o en los umbrales de casa (Mt., 24, 26)*, ni a lejos ni a cerca no le irán a buscar; porque como el verdadero [Cristo] no sea más de uno, y en el que ellos creen hallan las condiciones del verdadero, con la misma fe que aceptan a uno reprueban los otros.

Y no os digo esto para que penséis que los cristianos cren por estos motivos y experiencias que sienten dentro de sí; que no creen sino por la fe que Dios les infunde, como después se dirá. Mas heos dicho esto para que entendáis los muchos motivos que tenemos para creer, porque de esta materia hablamos; y uno de ellos es estas experiencias que los perfectos en su ánima sienten; las cuales, pues son de cosa que pasa en el corazón, no las habéis de buscar en los libros ni vidas ajenas, mas en vuestra propia conciencia, esforzándoos a la perfecta virtud, para que, según os dije al principio, tengáis testigos cercanos a vos, y conocidos de vos, por estar dentro de vos, y cumpláis lo que la Escritura dice (*Prov., 5, 15*): *Bebe el agua de tu cisterna.* Y veréis tales maravillas dentro de vos, que se os quite la gana de buscar otras fuera de vos.

CAPITULO 38

Que si se pondera la virtud y grandeza de la obra del creer, hallaremos grande testimonio que testifique ser mucha razón que el entendimiento del hombre sirva a Dios con recibir su fe.

Quien tuviese luz para conocer, y peso para pesar la misma obra de este *creer*, no tendría necesidad de buscar otros testigos para la recibir; mas en ella misma hallaría hermosura para la amar y razón para la recibir.

Porque ¿quién hay que no entienda, que es cosa muy justa que la criatura sirva a su Criador con todas sus fuerzas y con todas sus cosas? Y también todos saben, que aunque con todas le debemos este servicio, mas principalmente, pues que Dios es espíritu, el principal servicio que le hemos de hacer es con nuestro espíritu, por la semejanza que tiene con Dios. Y pues en nuestro espíritu hay razón y voluntad, y no se puede negar que el hombre debe servicio a Dios con la voluntad, tampoco se puede negar el servicio del entendimiento; pues que no es razón que el hombre sirva a Dios con las cosas menores que tiene en sí mismo, y no le sirva con lo principal que hay en él, que es su entendimiento y voluntad. Ni es razón, que pues el servicio que la voluntad hace a Dios es obedecerle, se quede el entendimiento sin obedecer a Dios. Y así como la obediencia de la voluntad consiste en negarse a sí mismo por hacer la voluntad de Dios, así el servicio que el entendimiento le ha de hacer es negarse a sí mismo por *creer* al parecer de Dios. Porque si el servicio del entendimiento fuese *pensar* algo o *consentir* algo de lo que él mismo alcanza por su razón, o no tendría este nombre de servicio, o es servicio muy bajo, pues no hay obediencia en él. Y si la hubiese, sería de la voluntad, a la cual mandaba Dios que mandase a su entendimiento pensar en esto o aquello. Mas para que el servicio y obediencia del entendimiento sea suyo propio de él, conviene que consienta en cosa que él por sí mismo no entendía; y entonces verdaderamente se abaja y se niega, y obedece y cautiva, y hace reverencia al sumo Dios, y cumple lo que dice San Pablo (2 Cor., 10, 3): que hemos de *cautivar el entendimiento en servicio de la fe*. Lo cual en otra parte llama *obediencia de fe* (Rom., 1, 5).

Y pues la bondad de Dios pide que le demos amor, y su liberalidad pide que *esperemos* más de Él, también pide su Verdad que la *creamos*, pues no hay menor razón en lo uno que en lo otro. Y así como la obediencia que damos a Dios en el amor presupone que neguemos el nuestro, y el arrimo que ponemos en Él ha de ser desarrimándonos de nosotros, así la obediencia que le hemos de dar a su Verdad es, quitando nuestro parecer, creer el suyo con mayor firmeza

que si nosotros lo entenderíamos. Porque de otra manera, ¿qué habría que agradecer a uno que cree lo que otro dice, no porque el otro lo dice, sino porque él mismo lo entiende? Mas creyendo sin entender, hace obra loable, y que trae consigo dificultad, como quien fia sin prendas, y anda sin báculo, y ama por Dios a su malhechor. Y por eso, si por Dios se hace, será verdadera virtud, digna que a Dios se ofrezca, y que sea galardonada por Él.

Y pues la voluntad del hombre es dedicada a Dios y santificada, negándose a sí, no se debe quedar el entendimiento como profano, con creerse a sí mismo, sin obediencia de Dios, pues ha de ser en el cielo bienaventurado con verle allá claramente. Porque, como dice San Agustín, «el galardón de la fe es ver»; por lo cual ninguna razón consiente que el entendimiento deje de servir en la tierra; y su propio servicio es *creer*.

CAPITULO 39

En que se responde a la objeción que pueden poner contra nuestra fe, diciendo que enseña Dios cosas muy altas.

Podrá alguno decir, movido por estas razones o por otras, que es cosa justa que crea el hombre lo que no entiende, porque Dios lo dice. Mas que, pudiéndose esto cumplir con creer otras cosas, no hay por qué se crean las que los cristianos creemos.

Mas decidme, ¡oh hombres ciegos!, ¿qué tacha halláis en lo que los cristianos creemos? Y si no sabéis decir lo que sentís, yo os lo diré. Parecen os tan altas las cosas altas que de la alteza de Dios creemos, que por altas no las creéis. Y parecen os tan bajas las cosas bajas que de la humildad de Dios creemos, que por eso no las tenéis por dignas de Dios, ni las creéis.

Porque, decidme, en el misterio altísimo de la Santísima Trinidad, ¿qué otra cosa os ofende, sino ser tan incomprendible, que reverberados vuestros ojos intelectuales con el abismo de aquella infinita Luz y alteza de tal misterio, cerráis los ojos, y con decir: ¿cómo puede ser esto?, dejáis de creer, siendo

cosa conforme a toda razón que sintamos del Altísimo altísimamente, y que le atribuyamos el más alto Ser y mejor Ser que nuestro entendimiento pudiere alcanzar? Y cuando hubiéremos alcanzado de Él cosas muy altas, hemos de creer que aun hay en Él cosas mayores, y que del todo exceden a nuestro entender. Esto es honrar a Dios y tenerle por Dios y por grande. Porque si nuestro entendimiento pudiera entender toda el alteza de Dios, fuera chico Dios; y por eso no fuera Dios, pues no lo puede ser si no fuera infinito, y lo infinito, incomprendible es de la cosa *finita*.

Y pues es mejor que en Dios haya comunicación suma—pues a la suma Bondad conviene suma comunicación—, y si ésta ha de haber, ha de ser comunicando su misma y total esencia, y así habrá en Dios suma fecundidad, como a Dios conviene, y no esterilidad, que es cosa muy ajena de Él, según dice por Isaías (66, 9): *Yo que doy fuerza a los otros para engendrar, ¿por ventura quedaréme estéril?*

Y aunque, con criar ángeles y hombres y el universo, se comunica Dios haciendo mercedes, mas ni ésta es fecundidad ni comunicación de bien infinito—porque no les da Él su esencia, sino dales el ser y virtud que ellos tienen—, ni dejara Dios de ser Dios solitario, por muchas criaturas que le acompañaran, pues de ellas a Él hay distancia infinita; así como tampoco dejará de ser Adán solitario, por muchas bestias y otras criaturas que en el mundo había, aunque las tuviera muy cercanas a sí. Y porque el hombre no estuviese solo, le dió Dios compañera que tuviese semejanza e igualdad con él. Y así no es Dios solitario, pues en la unidad de la esencia hay tres Personas divinas: ni es estéril ni avariento, pues hay comunicación de deidad infinita.

Y porque vosotros no entendáis cómo es aquesto, no debéis dejar de creerlo, pues que por ser tan alto, tiene rastro y olor de ser cosa de Dios. Y por ser mejor ser esto así, que no no ser así, por eso es cosa que conviene que la tenga Dios, y que así lo creamos nosotros, pues de Dios debemos sentir conforme a Dios, que es cuanto más alto pudiéremos.

CAPITULO 40

En que se responde a los que ponen por objeción para no recibir nuestra fe, que enseña de Dios cosas muy humildes o bajas; y cómo en estas cosas humildes que de Dios enseña está altísima gloria.

Ni tampoco hay razón para tropezar en la humildad que tomó el altísimo Dios, abajándose a ser hombre y vivir en pobreza y morir en cruz; porque estas obras, no sólo no son indignas de Dios, mas son mucho dignas, si son entendidas.

Porque si el abajarse fuera a más no poder, o si por abajarse perdiera su alteza que primero tenía, o si le moviera algún propio interés, hubiera alguna sospecha de la tal obra. Mas ni dejó de ser quien era por tomar lo que no era, ni vino forzado del cielo a la tierra, ni le movió propio provecho, pues no puede Dios crecer en riquezas; mas movióle su sola bondad y amor de los hombres, y quererlos remediar por el modo que más glorioso fuese a Él, y más provechoso para nosotros.

Y tal es el modo que tomó haciéndose hombre y muriendo en la cruz. Porque no hay mayor señal de amor, que morir un hombre por sus amigos. Y aun el Señor murió por sus enemigos, por hacerlos amigos. El cual amor tan excelente no nació de que ellos lo mereciesen, mas de su excelente bondad. Y así su bajeza y muerte no arguyen en él falta de poder o saber; pues, por ser omnipotente y todo sabio, nos pudiera remediar por otros muchos modos sin éste; mas arguye en Él grandísimo exceso de bondad y de amor; y tanto mayor, cuanto Dios, que ama y padece, es mayor; y lo que padece, más grave y penoso; y aquellos por quien padece, más indignos y bajos. Y pues en amar, y a tales, se manifiesta su excelente bondad, alteza grande se debe decir esta obra, pues en lo espiritual todo es uno, bueno y alto; y mientras más bueno, más alto y más grande. Y pues que la mayor honra que podemos dar a uno es tenerlo por bueno, más que por fuerte o por sabio, pues ninguno hay que honra desee, que así no la quiera; claro es que, pues estas obras manifiestan

su bondad y amor más que todas las otras, éstas le dan más honra y mejor que todas las otras. Y si parecía a los ignorantes que el abajarse Dios quitaba honra a su alteza, debe parecer a los sabios, que se le acrecienta la honra de su bondad, y por consiguiente de su alteza y grandeza; y así ni la pierde de uno ni otro.

Y no sólo resplandece en estas obras su bondad más que en las otras, mas también la sabiduría y poder, y otras maravillas grandísimas. Porque entre todas las obras que en tiempo Dios ha hecho y hará, otra no la hay igual y maravillosa, ni tan gran milagro como hacerse Dios hombre, y después padecer por los hombres. Y quien esto no cree, la mayor honra le quita a Dios—cuanto es de su parte—que le puede quitar, aunque le quitase toda la que tiene por todas las otras obras que en tiempo ha hecho, o ha de hacer. Mirad bien en ello, y veréis cómo resplandece la omnipotencia de Dios y su sabiduría, en juntar dos tan distantes extremos, como son Dios y hombre, en unidad de persona. Y mirad cómo se declara más su poder en pelear y vencer a nuestros pecados y muerte con armas de nuestra flaqueza, que si venciera con las propias de su omnipotencia, como arriba se dijo (1) hablando contra la desesperación. Y mirad cómo cuando se estaba Dios en su alteza tenía un pueblo pequeño que le conociese, y casi cada día se le iba a adorar dioses ajenos; y aun el tiempo que esto no hacía servía a su Dios con grandes flaquezas. Mas abajándose Dios a ser hombre y morir, hizo tanta impresión en los hombres, que los altos se abajaron, y los flacos se hicieron fuertes, y los malos buenos; y finalmente, hubo tanta mudanza en el mundo, así en quitar la idolatría, como en la renovación de costumbres, que se vió claramente el cumplimiento de aquella palabra que dijo el mismo Señor (*Jn.*, 12, 32): *Si Yo fuere alzado de la tierra, puesto en cruz, todo lo traeré a Mi mismo.* Y así parece que alcanzó victoria de corazones humanos con la bajeza, flaqueza y tormentos y muerte, la cual no alcanzó estándose en la alteza de su Majestad. Y así se cumplió lo que dijo San Pablo (1)

(1) Cap. 22.

Cor., 1, 25): Que lo flaco de Dios, es más fuerte que los hombres. Y así parece claro, que no sólo gana Dios honra de bueno, mas de sabio y poderoso en tomar nuestra baja, y con ella obrar lo que en su alteza no obró.

Por lo cual dice San Pablo (*Rom., 1, 16*): *Que no se avergüenza de predicar el Evangelio, pues es virtud de Dios para salvar a los hombres.* Porque aunque se cuenten de Dios: humanidad, hambre y deshonras, tormentos y muerte; mas no hay por qué de esto se avergüence el cristiano, pues por medio de aquellas cosas obró Dios vencimiento de cosas tan fuertes como eran. muerte y pecado, e hizo que el hombre alcanzase la gracia de Dios y su reino, que son las mayores cosas que al hombre podían venir; con lo cual gana Dios más honra, que en haber criado los cielos y tierra y cuanto hay en ella. Y por esto se llama esta obra por excelencia *obra de Dios*, como el Señor dijo (*Jn., 4, 34*): *Este es mi manjar, hacer la voluntad de mi Padre en acabar Yo su obra*, que es la redención de los hombres. No porque Dios no haya hecho otras obras, mas porque la encarnación, y redención, que de ella se sigue, es la mayor obra de todas; y de la cual Él más se precia, como de cosa que más honra le da. Porque aunque de azotar a Egipto, por amor de su pueblo, y de sacarlo y guiarlo por el desierto ganase Dios honra, como dice Isaías (63, 12), mas ya vos veis cuál es mayor hazaña de amor, azotar Dios a los enemigos por amor de su pueblo, o dejarse Dios en su carne azotar por amor de los suyos y de los extraños, de amigos y de enemigos. Una cosa es llevar Dios a los suyos por el desierto, *a semejanza de águila que enseña a volar a sus hijos, y los toma en sus hombros* (*Deut., 32, 11*), cuando se cansan, para que ellos descansen, no cansándose Dios; y otra cosa es llevar encima los hombros una pesada cruz, que se los desollaba, y todos los pecados del mundo, que como *una pesada viga de lagar* (*Isai., 63, 2*) le apretaron, hasta quitarle la vida en la cruz, porque los hombres descansen. ¿Quién hay que esto no vea ser excelentísima hazaña de amor y amor nunca visto, que le da a Dios mayor honra que lo pasado? Porque aquello, cosa es común, y poco amor basta para lo hacer; mas esto es cosa de

pocos, y a duras penas se hallará en la tierra quien sufra ser azotado públicamente o morir por algún bueno y amigo. Y si esto se hallase, no se puede comparar con lo que el Señor amó y sufrió, porque no tiene igual. Ni es mucho de maravillar que un león obre como león; mas que padezca como cordero, y siendo la causa el amor, eso es maravillosa hazaña, y digna de honra perpetua. Y pues en tiempo pasado dijeron (*Ex.*, 15, 1): *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido*, digamos nosotros con profundo agradecimiento: *Cantemos al Señor, que humildemente ha sido engrandecido*; pues entonces, ni se abajaba Dios, ni trabajaba en el descanso que daba, ni se empobrecía aunque daba riquezas; mas acá empobrecióse, sudó y abajóse hasta la muerte, y muerte de cruz (*Phil.*, 2, 8), por levantar del pecado a los suyos y llevarlos al cielo; y salió con ello, y cumpliósse lo que dijo Isaías (55, 13): *Que por el pequeño sauce crecerá la haya; y por la ortiga crecerá el arrayán; y será el Señor nombrado en eterna señal, la cual nunca será quitada*. Porque la honra que Dios ganó de ponerse en señal—que es la cruz—, y en ella morir, y hacer de los malos buenos, durará para siempre, sin ser parte nadie para lo estorbar.

CAPITULO 41

Que no sólo resplandece la gloria del Señor en las cosas humildes que la fe nos enseña de Dios, mas también nuestro grande provecho, valor y virtud.

No sólo resplandece en las obras de la humanidad y humildad de Dios por excelente modo su honra, mas también resulta de ellas muy gran provecho y precio del hombre. Porque ninguna cosa hay que tanto le ensalce, como haberse Dios hermanado con él; ni cosa que tanto le esfuerce el corazón contra los desmayos que el pecado le causa, como ver que Dios murió por su remedio y le fué dado por suyo. Ni hay cosa que así le mueva a amar a Dios, como verse amado de Él hasta la muerte; ni a despreciar las prosperidades, ni a sufrir las adversidades, ni a humillarse a Dios y a su prójimo, ni a cosa buena,

chica ni grande, como ver a Dios abajado y humanado, y que pasó Él por estas cosas, dándole mandamientos que siga, y ejemplos que mire, y esfuerzo con que los cumpla.

Y pues este modo de remediarnos por humildad y bajeza está mejor a gloria de Dios y al bien de los hombres, señal es que ésta es obra de Dios; pues en lo que Dios obra, pretende la manifestación de su gloria y el provecho de los hombres. Por tanto, el que quiere que esta obra no sea, o la niega, enemigo es de Dios y de todos los hombres, pues le quiere privar a Él de la mayor honra que por sus obras le puede venir, y a los hombres de la mayor honra y provecho que se puede pensar. Y pues se declara enemigo del Criador y de las criaturas, justamente se le debe castigo y muerte de infierno.

Y la causa que él puede dar, siendo preguntado de Dios: «¿Por qué no creíste las cosas altas de Mí?», será ésta: Porque me parecieron, Señor, tan altas, que no creí ser Vos tan alto. Y preguntado: ¿por qué no creyó las cosas de su humanidad y humildad, pues fueron testimonio de su bondad y de su amor?, responderá que no pensó que la bondad y amor del Señor eran tan grandes, que bastasen a hacer y padecer tanto por amor de los hombres. De manera, que en lo alto y en lo bajo tropieza; y la raíz de ello es por sentir bajamente de Dios y tenerlo por de tasada alteza y bondad; la cual raíz y lo que de ella procede, con razón arderá en el infierno, pues es injuriosa al altísimo Dios, y lo quiere apocar y tasar.

Cuánto mejor respuesta tendrá quien dijere: Creí, Señor, de vuestra alteza y de vuestra bondad todo cuanto más pude, porque os tengo por Señor infinito en todas las cosas. Ni plega a Vos que me parezcan a mí mal vuestras obras porque tienen exceso de bondad y de amor para mí; como lo hace la infidelidad, que otra tacha no os halla, sino ser muy bueno y muy amoroso; siendo razón que por todo esto se llegase a Vos y os tomase por Dios; pues cada uno quiere más, señor que le sea padre amoroso y perdonador, que riguroso juez que le haga temblar con rigurosos castigos. Y si en las manos del hombre fuera puesto el modo de tratar Dios con nosotros, y de re-

mediar nuestros males, no había de escoger otro sino este que Dios escogió, a Él más honroso, y al hombre más provechoso, y lleno de toda dulzura.

CAPITULO 42

En que se prueba ser la verdad de nuestra fe infalible, así por parte de los que la predicaron, como de aquellos que la recibieron, y del modo con que fué recibida.

Añadamos a lo ya dicho cómo esta fe y creencia fué recibida en el mundo, no por fuerza de armas, ni favores humanos, ni humana sabiduría; sino que la verdad de Dios peleó a solas por medio de unos pocos pescadores, y sin letras, y desfavorecidos, contra emperadores y contra sacerdotes, y contra toda la sabiduría de hombres. Y salió tan vencedora, que les hizo dejar su antigua y falsa creencia, y que creyesen una verdad tan sobre razón, y tan de corazón creída, que haber tal firmeza de crédito en cosas tan altas es una grande maravilla de Dios; y que los mismos que mataban primero a quien las creía se dejasen después matar por la verdad de ellas, y con mayor esfuerzo y amor, que primero las descreían y perseguían.

Y fuéles predicada una Ley y mandamientos purísimos, tan a pospelo de la inclinación de sus corazones, que no se pueden pensar cosas que mayor contradicción tengan entre sí, que Ley de Evangelio y la inclinación que tiene el hombre a pecar, como dice San Pablo (*Rom.*, 7, 14): *La Ley espiritual es; mas yo soy carnal, vendido debajo del pecado.* Y con todo esto fué esta Ley recibida, y con la misma virtud de Jesucristo fueron los corazones y obras tan renovados para la cumplir, que manifestamente pareció que Aquel mismo era el que en toda virtud criaba de nuevo a estos hombres, que primero los había criado en el ser natural.

Y si esto se predicara entre la gente bestial de Arabia, donde Mahoma predicó su mentira, o entre otras gentes semejables a ella y fácil de ser engañada, cual la buscan los que traen mentira, pudiérase tener de

la creencia de éstos alguna sospecha. Mas ¿qué diremos, que fué predicada esta verdad en Judea, donde estaba el conocimiento de Dios y su divina Escritura; y en Grecia, donde estaba lo supremo de la humana sabiduría; y en Roma, donde estaba el imperio y regimiento del mundo? Y en todas estas partes, aunque fué perseguida, mas en fin fué creída, y verificado (1) el título triunfal de la cruz, que *fué escrito en lengua hebrea, griega y latina*, para dar a entender que en estas lenguas, que eran las principales del mundo, había de ser Cristo confesado por Rey. Pues si éstos creyeron con tener motivos bastantes, razón es que los sigamos nosotros; y si no los tuvieron, dase muy claro a entender que creyeron por lumbre de Dios; pues siendo gente tan avisada, y tan amiga de su antigua creencia, y tan fuerte en humano poder, no se pudiera plantar tan alta planta de fe, y tan profundamente plantada, y en gente tan contraria a esta verdad, si no entendiera en ello la poderosa mano de Dios. Mirando lo cual, dice San Agustín, que el que viendo que el mundo ha creído, él no cree o pide milagros de nuevo para creer, él mismo es prodigio o milagro espantable, pues no quiere seguir lo que tantos, tan altos, tan sabios, abrazaron, y con mucha firmeza.

Muy justa causa tenemos en esto los que por la gracia de Dios somos cristianos, pues que, desde que el mundo es mundo, nunca en él ha parecido hombre de tal doctrina y de tan heroica virtud, y de hechos tan maravillosos y milagros, como Jesucristo nuestro Señor, el cual predicó ser el Dios verdadero, y lo probó con escritura divina y con muchedumbre de milagros, y con testimonio de San Juan Bautista, testigo abonado con todos. Y lo mismo se ha predicado y probado con muchedumbre de milagros en la Iglesia cristiana. Y no ha aparecido tal fe, que así honre a Dios como la suya, ni tal Ley que así lo enseñe a servir como el Evangelio; el cual si alguno bien entendiese, otro motivo no habria menester para creer. Ni tampoco han aparecido en el mundo varones de tal santidad como los del pueblo cristiano; ni se han predicado tan grandes y altos galardones para

(1) *Verificado*: sacado verdadero.

los que siguen virtud, ni tan espantables amenazas contra los malos, en testimonio de que nuestro Dios es muy amigo de la bondad y enemigo de la maldad. Ni se han hecho en el mundo tantos y tales milagros en confirmación de alguna cosa, como los que se han hecho en confirmación de esta fe; la cual, si verdadera no fuera, muy injuriosa fuera a la honra del verdadero Dios, pues que atribuye a un hombre igualdad y unidad de esencia con el mismo Dios. Ni la hubiera dejado durar tanto número de años; ni hubiera tan reciamente castigado al pueblo de los judíos, que al tal hombre crucificó. Ni hubiera hecho tantos y tales milagros en prueba de esta creencia, que podemos decir a Dios con razón, como dice Ricardo, que si estamos engañados en lo que creemos, Dios nos engañó; pues tiene esta verdad tanta luz de su parte, y se han hecho tales cosas y milagros en confirmación de ella, que otro, si Dios no, no las pudiera hacer. Mas como está lejos de Dios ser engañador, está lejos de nosotros ser en esto engañados. ¡Gloria sea a Dios para siempre

CAPITULO 43

Que es tanta la grandeza de nuestra fe, que ninguno de los motivos dichos, ni otros que se pueden decir, bastan a que un hombre crea con esta divina fe, sin que el Señor dé para creer su particular favor.

Hasta aquí habéis oído algunas de las razones que hay para atinar a que la fe católica es verdadera, y para dar cuenta a quien la pidiese de cómo no somos livianos en el creer, pues tenemos más motivos que ninguna gente del mundo.

Mas con esto, creed que es tanta la alteza de la fe cristiana, que aunque un hombre tuviese estos y otros motivos que se pueden decir, aunque entrase entre ellos el ver con sus propios ojos de carne milagros hechos en confirmación de la fe, no puede el tal hombre ser poderoso de creer con sus propias fuerzas, como el crisiano cree y Dios le manda creer. Porque así como sólo Dios por su Iglesia declara lo que se ha de creer, así Él sólo puede dar fuerzas para lo

creer. Porque esta enseñanza a Dios tiene por Maestro interior, inundiendo la fe en el entendimiento, con que el hombre es enseñado y fortificado para esta creencia, según dice Cristo (Jn., 6, 45), *que está escrito en los Prophetas (Isai., 54, 13), que todos seran enseñados de Dios.* Y el mismo Señor, habiendole San Pedro confesado por verdadero Hijo de Dios y por Mesías prometido en la Ley, dándole a entender, que no a sus tuerzas, sino al don de Dios habia de agradecer la tal fe y confesión, le dijo (Mt., 16, 17): *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque no te descubrió aquestas cosas la carne y la sangre, mas mi Padre que está en los cielos.* Y en otra parte dice (Jn., 6, 45): *Todo aquel que oyó y aprendió de mi Padre, viene a Mi.* Soberana escuela es aquesta, donde Dios Padre es el que enseña, y la doctrina que enseña es la fe de Jesucristo su Hijo, y que vayan a Él con pasos de fe y de amor.

Esta fe no está arrimada a razones ni motivos, cualesquiera que se puedan traer; porque quien por aquellos cree, no cree de tal manera, que su entendimiento quede persuadido, sin quedarle alguna duda o escrúpulo. Mas la fe que Dios infunde está arrimada a la Verdad divinal, y hace creer con mayor firmeza que si lo viese con sus propios ojos, y tocase con sus propias manos, y con mayor certidumbre que la que tiene de que cuatro son más que tres, o de otra cosa de éstas, que las ve el entendimiento con tanta claridad, que ni tiene escrúpulo, ni las puede dudar aunque quiera. Y entonces dice el tal hombre a todos los motivos que tenía para creer, lo que dijeron los de Samaria a la samaritana: *Ya no creemos por lo que tú nos dijiste, porque nosotros mismos hemos visto y sabido que este es el Salvador del mundo.*

Y aunque dicen *hemos sabido*, no entendáis que los que creen tienen aquella claridad de evidencia a que llamaron los filósofos *ciencia*. Porque, según arriba se ha dicho, ni puede el entendimiento alcanzar con su propia razón a tener esta claridad de las cosas de la fe, ni la fe es tener evidencia; porque no sería fe ni habría merecimiento. *Vista* se llama la fe que está en el entendimiento; mas porque no es con esta claridad de evidencia, dice San Pablo (1 Cor., 13, 12) *que vemos ahora por espejo, y después en el cielo*

veremos jaz a jaz. Mas dicen los samaritanos que *saben* que Cristo es *Salvador del mundo*, para dar a entender que lo creen con tanta firmeza, como lo que más claramente se sabe, y aun con mucha mayor. Porque como—según hemos dicho—el que tiene la fe infusa de Dios, cree porque lo dice la Verdad de Dios; y como esta Verdad sea infinita y más cierta que todas las otras verdades—pues de la participación de ésta reciben firmeza todas las otras—, está el tal creyente tan cierto que no puede ser engañado en lo que cree, como está cierto que no puede Dios dejar de ser verdadero. La cual certidumbre excede a cualquiera otra, que por cualquier vía se puede tener; y hace al hombre estar tan descansado en aquesta parte, que ni por pensamiento le pasa cosa contra la fe; o si le pasa, es tan de paso, que poca pena le da. Y si con escrúpulos o falsos pensamientos es combatido, mas en lo interior de su entendimiento muy firme y reposado está, por estar su creer edificado sobre piedra finísima, que es la misma suma Verdad, a la cual él cree por sí misma y no por otros motivos. Y por eso, ni vientos, ni aguas, ni ríos, no la podrán derribar.

Y si os maravilláredes de que en un entendimiento de hombre, que tan vario es en sus pareceres y tan mudable, y que con tan poca firmeza asienta en las cosas de la razón, hay tan gran certidumbre y sosegada firmeza, que ni por argumentos, ni por tormentos, ni por ver a otros perder la fe, ni por cosa alta ni baja, él se mueva de lo que cree; dígoos que os basta esto para entender que este negocio y edificio no es cosa de nuestras fuerzas, pues ellas no alcanzan a tanto. *Don de Dios es*, como dice San Pablo (*Ephes.*, 2, 8), y no heredado, ni merecido, ni alcanzado por fuerzas humanas; porque nadie se glorie en sí mismo de lo tener, mas sean fieles en conocer que es merced de Dios, dada por Jesucristo su Hijo, como dice San Pedro (*1 Petr.*, 1, 21): *Fuisteis fieles por Él.* No os maravilléis, pues, de que sobre la miserable arena del humano entendimiento haya edificio de tanta firmeza, pues que dice el Señor (*Jn.*, 6, 29): *Esta es la obra de Dios, que creáis en Aquel que Él envió.* De manera, que como Dios lleva al hombre a fin sobrenatural, que es a verle claramente en el

cielo, así no se contentó con que el hombre creyese como hombre, a fuerza de motivos, ni milagros, ni razones, mas levantándolo sobre sí mismo, dándole fuerzas sobrenaturales con que creyese, no con miedo ni escrúpulo como hombre, sino con certidumbre y seguridad, como conviene a las cosas de Dios. Y de ésta [fe] se entiende (1 Cor., 12, 3), que *ninguno puede llamar a Jesús Señor sino en el Espíritu Santo*. Que aunque no sea necesario estar en gracia de Espíritu Santo para creer, según adelante se dirá, mas no se puede hacer sin inspiración del Espíritu Santo; porque de estas tales obras o gracias, que llaman *gratis datas*, va allí hablando el Apóstol San Pablo.

Esta es la fe, que inclina al entendimiento a creer a la Suma Verdad en lo que la fe católica dice, como la voluntad es inclinada con el amor a amar el Bien Sumo. Y así como la punta de la aguja del marear es llevada con la fuerza del Norte a estar en derecho de él, así Dios mueve al entendimiento, con la fe que le infunde, a que vaya a Él con crédito firme, sosegado y lleno de satisfacción. Y cuando es perfecta esta fe trae consigo una lumbre, con que, aunque no vea lo que cree, mas ve cuán creíbles cosas son las de Dios. Y no sólo no siente pena en el creer, mas muy gran deleite; como lo suele hacer la perfecta virtud, que obra con facilidad, y firmeza y delectación.

Esta es la fe, que con mucha razón debe ser preciada y honrada, pues con ella honramos a Dios, como dice San Pablo que hizo Abraham (*Rom.*, 4, 20), *dándole a Dios honra de tan poderoso, que puede hacer todo lo que le dice*. Y por aquí entended que la fe es honra de Dios, pues cree y predica las infinitas perfecciones que tiene. Y que ésta es la fe que, como torre, edificó Dios en nuestra ánima, para que subidos en ella, veamos, aunque *en espejo*, lo que hay en el cielo y en el infierno, lo que acaeció al principio del mundo, y lo que en el fin de él acaecerá. Y por escondida que sea la cosa, no se puede esconder a los ojos de la fe; como parece en aquel buen ladrón, que viendo en Cristo crucificado tanto desprecio y bajeza exterior, entró con la fe en lo escondido, y conociólo por Señor del cielo, y por tal lo confesó con grande humildad y firmeza.

Con esta fe creemos que es Escritura y palabra di-

vina la que la Iglesia nos declara por tal; y aunque es hablada por boca de hombres, la tenemos por palabra de Dios. Y por esto no menos creemos al evangelista o profeta que escribió lo que no vió, que al que escribió lo que vió; porque no mira esta fe al testimonio humano, que estriba en medios humanos, mas en que Dios inspira al tal profeta o evangelista para escribir la verdad, y que asiste Dios con él, para que no pueda ser engañado en lo que así escribe. Ciertamente es, que aunque San Pedro oyó con sus orejas la voz del Padre que sonó en el monte Tabor (2 Petr., 1, 17): *Este es mi Hijo muy amado*, y vió con sus ojos a Jesucristo resplandecer como el sol; si no mirásemos sino que como hombre da testimonio de lo que vió y oyó, *más firmeza y certidumbre tiene la Escritura o habla de los profetas* (loc. cit., 19), que dieron testimonio de ser Jesucristo Hijo de Dios, aunque ni lo vieron ni oyeron con ojos ni orejas de cuerpo, que no lo que San Pedro dijo por lo que vió y oyó. Mas como la carta de San Pedro, donde esto está escrito, es declarada por la Iglesia ser divina Escritura, y por consiguiente ser palabra de Dios lo que en ella San Pedro dijo, está claro que Dios asistió con él para que aquello dijese, y asistió con él para que ni en lo que vió y oyó en el monte Tabor se engañase, ni en lo que escribió cuando contó lo que allí habían pasado. Y de esta manera la palabra de los profetas *no es más firme ni cierta*; porque ellos y él hablaron por un mismo Espíritu Santo, que es una misma Verdad.

Esta fe *habitual* infunde Dios a los niños cuando se bautizan; y a los grandes que no la tienen, cuando se disponen, *habitual y actual*. Porque El que *quiere que todos se salven y vengan a conocimiento de esta verdad* (1 Tim., 2, 4), pues *sin ella no pueden agradar a Dios* (Hebr., 11, 6) ni salvarse, no la deja de dar a nadie, si por él no queda.

CAPITULO 44

Que se deben al Señor muchas gracias por el don de la fe; y que de tal manera habemos de usar de ella para lo que fué dada, que no le atribuyamos lo que no tiene; y cuál es lo uno y lo otro.

Mucha razón es, doncella de Cristo, que todos los que somos cristianos agradezcamos muy de corazón al Señor, que graciosamente nos hizo merced de esta fe, con que lo fuésemos. Y ni es razón que se nos pase día sin confesar esta fe, diciendo el Credo, a lo menos dos veces, mañana y noche, ni sin dar gracias al que nos hizo merced de dar esta fe. La cual debemos procurar tener guardada en su pureza y limpieza, como cosa en que mucho nos va, mirando para qué nos es dada, porque ni faltemos de usar de ella para lo que es, ni le atribuyamos lo que no tiene. Para creer lo que Dios manda creer nos es dada; y para que nos sea lumbre de conocimiento, que nos ayude a mover la voluntad para que ame a su Dios y guarde sus mandamientos, con lo cual el hombre se salve.

Mas si alguno quisiere atribuir a esta fe, que por sola ella se alcanza la justicia y perdón de pecados, errará gravemente, como lo han hecho los que lo han afirmado (1). Porque, según arriba se ha dicho por autoridad de San Pablo (1 Cor., 12, 3), *ninguno puede decir que Jesús es Señor, sino por inspiración del Espíritu Santo*; en lo cual se entiende que la misma inspiración se requiere para creer todos los otros misterios de nuestra fe. Y sabemos que dijo el Señor a algunos de los que le oían (Lc., 6, 46): *¿Para qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis las cosas que os digo?* Y pues llamando a Jesús Señor tenían fe inspirada, como dice San Pablo (*loc. cit.*), y no haciendo lo que el Señor mandaba no estaban en gracia, claramente se sigue que puede un hombre tener fe, sin tener gracia. Lo cual afirma en otra parte San Pablo (1 Cor., 13, 2), donde dice: *Que si un hombre tu-*

(1) Entra el autor a refutar el error de Lutero, que atribuía la justificación a *sola* la fe.

viere don de hablar lenguas, y si supiere y tuviere toda la ciencia, y la profecía, y toda la fe, aunque pase los montes de una parte a otra, y estuviere sin caridad, ninguna cosa es. Y pues está cierto que el don de lenguas y lo demás que allí cuenta se compadecen con estar en pecado mortal, no hay por qué nadie quiera casar la caridad con la fe, para que no pueda estar la fe sin la caridad, aunque ésta no pueda estar sin la otra.

Palabra es de la divina Escritura que por *la fe* se da la justicia; mas que por *sola la fe*, invención humana es, y error muy necio y perverso, del cual el Señor nos avisó cuando dijo a la Magdalena (Lc., 7, 47): *Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho*; que son palabras tan claras para dar testimonio que se requiere *el amor*, cuan claras las hay en toda la Escritura para que se requiera *la fe*, y que no sólo ha de haber en la justificación del pecador amor. Mas porque el amor es causa y disposición para el perdón, como lo es la fe, entrambas cosas andan juntas, y de entrambas hizo el Señor mención en el negocio de la Magdalena, pues al cabo de la habla dijo (*loc. cit.*, 50): *Tu fe te hizo salva; ve en paz.*

Ni en lo que el Señor dijo: *Muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho*, quiso decir *porque creyó mucho*, llamando al efecto por nombre de causa; pues está claro, que habiendo el Señor preguntado que cuál de los deudores *amaría* más a su perdonador, aquel a quien soltaba más o a quien menos, había de concluir su razón con hablar *de amor*, y no con hablar *de creer*. Y si vale tomar licencia para decir que al amor llama fe, tomando al efecto por nombre de su causa, tomarla hemos nosotros para decir que en los lugares de la Escritura en que se dice *que por la fe es el hombre justificado*, se entiende *el amor* por nombre de fe, entendiendo en la causa el efecto; pues tan usado modo es de hablar y tan razonable llamar al efecto por nombre de causa, como a la causa por nombre de efecto.

Claro habló aquí el Señor, si no quiere alguno cegarse en su luz; y *fe* y *amor* llamó por sus nombres; y entrambas se requieren para justificar, según hemos dicho. Y la misma junta afirma el Señor, diciendo a sus discípulos (Jn., 16, 27): *El mismo Padre os*

ama, porque vosotros me amasteis a Mí, y creísteis que Yo salí de El.

Y pues *fe* y *amor* se requieren, cierto habrá *dolor de pecados*, pues no dejarán de dolerle las ofensas graves que ha hecho contra Dios al que le ama sobre todas las cosas, como parece en la Magdalena y en los pecadores que se convierten a Dios (2).

Y porque estas cosas se requieren, y otras que de ellas se siguen, para alcanzar la justicia, por eso la Escritura divina unas veces nombra la *fe*, otras el amor, otras el gemido y el dolor de la penitencia, otras la oración humilde del penitente, que dice: *¡Señor, sé manso a mí, pecador!* (Lc., 18, 13); otras el conocimiento del pecado. *¡Pequé al Señor!* dijo David (2 Reg., 12, 13); y luego oyó la palabra del perdón de parte de Dios. Mas quien, movido por esto, dijese que por sólo el conocimiento del pecado se perdona el pecado, no erraría poco, pues lo conocieron Caín y Judas, y muchos otros, y Saúl entre ellos, y no alcanzaron perdón. Y tan sin fundamento sería decir que por sola la *fe* se alcanza, porque la Escritura en algunas partes no haga mención sino de ella. Porque por esta razón, podríamos echar fuera del negocio a la *fe*, pues en otras partes habla la Escritura que se perdonan los pecados—sin hacer mención de la *fe*—por la *penitencia* o por otras cosas. Mas la verdad católica es que se requieren unas y otras, como disposiciones para alcanzar el perdón y la gracia.

Y si a alguno parece que se nombra muchas veces la *fe*, atribuyéndole la justicia, y que por la *fe* somos hechos hijos de Dios y participantes de los merecimientos de Jesucristo, y semejantes efectos que convienen a la gracia y caridad, no es porque la *fe* sola para esto baste, mas porque el sentido de la Escritura, cuando le atribuye aquellos efectos, es entender de la *fe* formada con la caridad, que es vida de ella.

Ni tampoco atribuye estos efectos a la *fe*, porque, teniendo a ella, necesariamente se tenga el amor, pues que, según se ha dicho, puede quedar *fe* verdadera, perdiendo la gracia y *amor*, el cual como dice San Pablo (1 Cor., 13, 13), *es mayor que la fe y que la esperanza*. Y cuando el Señor habló de la *fe* y el

(2) Véase el Trat. 12 del Santísimo Sacramento.

amor, así en el negocio de la Magdalena, como en el que dijimos de sus discípulos, nombró primero al amor que a la fe, dándole el primer lugar en la perfección al que es acto de la voluntad, que en cierta manera es postrero, cotejado con el acto del entendimiento, al cual pertenece la fe.

Y también se ha de mirar, que aunque los Sacramentos del bautismo y de la penitencia sea necesario recibirlos, o tener propósito de los recibir, para alcanzar la gracia perdida, el uno para los infieles, y el otro para los fieles que después del bautismo han cometido pecado mortal, mas no se habla en la Escritura tantas veces de ellos como de la fe, por lo que luego diremos; mas tampoco se deja de hacer mención de ellos, porque nadie pensase no ser necesarios para alcanzar la justicia. San Pablo dice (*Tim.*, 3, 5), *que por el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo nos hizo Dios salvos*; y (*Ephes.*, 5, 26) *que Cristo limpió a su Iglesia con el bautismo de agua, en palabra de vida*. Y si, por decir la Escritura que somos justificados por la fe, se hubiesen de echar fuera los Sacramentos, también se podría echar fuera la fe, pues dice que *se da la salud y limpieza por el santo bautismo*. Mas el Señor entrambas cosas junta diciendo (*Mc.*, 16, 16): *Quien creyere y fuere bautizado, aquél será salvo*.

Item, el mismo Señor dijo a sus Apóstoles cuando instituyó el Sacramento de la penitencia (*Jn.*, 20, 23): *Cuyos pecados perdonáredes, son perdonados*, etc. Y, por consiguiente, se da gracia y justicia por este Sacramento, pues no puede haber perdón de pecados sin que se dé la gracia, la cual es significada y contenida en todos los siete Sacramentos de la Iglesia; y se da a quien bien los recibe, y con mayor abundancia que la disposición de quien los recibe, por ser obras privilegiadas, que por la misma obra que son, dan la gracia. Por lo cual deben ser en gran manera reverenciados y usados, como la Iglesia católica lo cree y nos lo enseña.

Y si la fe tan frecuentemente era en principio de la Iglesia predicada y nombrada, convenía hacerse así, porque entonces se plantaba de nuevo, y se pretendía que los infieles la recibiesen, y que entrasen por ella como por la primera puerta de la salud, para

que después de entrados fuesen informados más particularmente de lo que habían de creer y obrar.

Y también convenía que se manifestase particularmente en aquellos tiempos el misterio y valor de la Pasión y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, que con extrema deshonra había sido en aquellos tiempos crucificado. Y la fe de este misterio, como hace creer y confesar que en aquel madero, tan deshonrado según la apariencia exterior, estuvo colgada la Vida divina, y que allí (*Ps: 73, 12*) *en medio de la tierra obró Dios* con su muerte *la salud* y remedio del mundo, esta tal fe honra a la deshonra de la cruz, y es ensalzamiento de la bajeza que allí extremadamente se ejercitó. Por lo cual convenía que se nombrase muchas veces el nombre de fe, y con grande honra; pues que resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, de cuya persona y merecimientos ella da testimonio, predicando su alteza.

Y si la Escritura dice (*Gal., 3, 8*) *que por ella son los hombres justificados*, atribúyesele esto, no porque ella sola sea bastante, mas como a principio y fundamento y raíz de todo lo bueno, como lo dice el Concilio Tridentino (3). Y los que a ella sola lo atribuyen, es por hallar consuelos para su tibieza o maldad de su vida, queriendo por vía de creer asegurarse, para tener licencia de mayor anchura. Y la paz y confianza de la buena conciencia, que se causa de la perfecta caridad, quieren alcanzarla sin estos trabajos que la perfecta virtud pide. Y aun no se contentan con esto, como, según la verdad (*Eccl., 9, 1*), *ninguno haya en esta vida del todo cierto si es digno de amor o de odio*; aunque según tienen mayor virtud o menor, así tienen mayores o menores conjeturas para confiar. Mas los que quieren dar tal certidumbre a quien crce, como ellos imaginan, de que está perdonado por Dios, cual se da a lo que el cristiano cree como artículo de fe, engaños del diablo son éstos, y creídos de gentes que no tienen asiento en la fe, ni santidad en la vida, enemigos de obedecer, y que andan a tientaparedes, como dicen, en los negocios de Dios. Que si esto no fuese, no tan presto los engañaría el demonio.

(3) Sess. 6. Cap. 8.

CAPITULO 45

Por qué el Señor ordenó salvarnos mediante la fe, y no por humana razón; y de la grande sujeción que debemos tener a las cosas que la fe nos enseña; y de la particular devoción que especialmente debemos a lo que el Señor Jesús enseñó por su boca.

La orden de las palabras de este tratado (1) pedía que tras la palabra primera de él os declarase la segunda; mas la orden de las sentencias, por ser una la de la primera y tercera, pide que, dejando la segunda, os declare la tercera, que dice así: **INCLINA TU OREJA.**

Para lo cual habéis de notar, que es tanta la alteza de las cosas de Dios, y tan baja nuestra razón, y fácil de ser engañada, que para seguridad de nuestra salvación, ordenó Dios salvarnos por fe, y no por nuestro saber. Lo cual no hizo sin muy justa causa. Porque, pues *el mundo*, como dice San Pablo (1 Cor. 1, 21), *no conoció a Dios en sabiduría*, antes desatinaron los hombres en diversos errores, atribuyendo la gloria de Dios al sol y luna y otras criaturas; y ya que otros conocieron a Dios por rastro de las criaturas, *tomaron tanta soberbia* de su rastrear en conocer cosa tan alta, que les fué quitada esta luz por su soberbia, que el Señor por su bondad les había dado; y así cayeron en tinieblas de idolatría y de muchedumbre de otros pecados, como los que no conocieron a Dios habían caído (Rom., 1, 21-32). Por lo cual, así como después que los ángeles malos pecaron no consintió Dios—como lo suelen hacer los escarmentados—que viviese en el cielo alguna criatura que pudiese pecar, así viendo cuán mal se aprovecharon los hombres de su razón, y que *el mundo*, como dice San Pablo, *no conoció a Dios por sabiduría*, no quiso

(1) Las palabras de este Tratado son: 1.^a, oye, hija; 2.^a, y mira; 3.^a, inclina tu oído; 4.^a, olvida la casa de tu padre; 5.^a, y codiciará el Rey tu hermosura. Hasta ahora ha tratado la 1.^a palabra, y ahora va a tratar la 3.^a

dejar en manos de ella el conocimiento de Él y salvación de ellos; mas antes quiso, por la predicación de lo que la razón no alcanza, hacer salvos, no a los escudriñadores, mas a los sencillos creyentes. Y así, después de habernos el Espíritu Santo amonestado las dos ya dichas palabras, que dice: *Oye y ve*, luego nos amonesta la tercera, que dice: *Inclina tu oreja*. En lo cual nos da a entender que debemos muy profundamente sujetar nuestra razón, y no estar yertos (2) en ella, si queremos que el *oír* y *ver*, que para nuestro bien nos fueron dados, no nos sea ocasión de perdición eternal.

Cierto es que muchos han oído palabras de Dios, y han tenido excelentes conocimientos de cosas sutiles y altas, y porque se arrimaron más a la curiosidad de la vista que a *inclinarse* con obediencia *la oreja de su razón*, se les tornó el ver en ceguera, y tropezaron en la luz de mediodía como si fuera tinieblas. Por eso, si no queréis errar en el camino del cielo, *inclinad vuestra oreja*, quiero decir, vuestra razón, sin temor de ser engañada: inclinadla con profundísima reverencia a la palabra de Dios que está dicha en toda la Sagrada Escritura. Y si no la entendiéredes, no penséis que erró el Espíritu Santo que la dijo, mas sujetad vuestro entendimiento, y creed—como San Agustín dice que él lo hacía—que, por la alteza de la palabra, vos no la podéis alcanzar.

Y aunque a toda la Escritura de Dios hayáis de inclinar vuestra oreja con igual crédito de fe, porque toda ella es palabra de una misma Suma Verdad, mas debéis tener particular respeto de os aprovechar de las benditas palabras que en la tierra habló el verdadero Dios hecho carne, abriendo con devota atención vuestras orejas de cuerpo y de ánima a cualquier palabra de este Señor, dado a nosotros por especial maestro, por voz del Eterno Padre, que dijo (*Mt.*, 17, 5): *Este es mi muy amado Hijo, en el cual me he agradado; a Él oíd*. Sed estudiosa de leer y oír aquestas palabras, y sin duda hallaréis en ellas una singular medicina y poderosa eficacia para lo que a vuestra ánima toca, cual no hallaréis en todas las otras que desde el principio del mundo Dios haya

(2) *Yertos*: tiesos, inflexibles.

hablado. Y con mucha razón, pues en lo que en otras partes ha dicho, ha sido hablar Él por boca de sus siervos; y lo que habló en la Humanidad que tomó, hablólo por su propia Persona; *abriendo su propia boca* (Mt., 5, 2) para hablar, el que primero había abierto y después abrió la boca de otros, que en el Viejo Testamento y Nuevo hablaron. Y mirad no seáis desagradecida a tan grande merced como Dios nos hizo, de querer Él ser nuestro Maestro, dándonos leche de su palabra para mantenernos, el mismo que nos dió el ser para que fuésemos algo. Merced es tan grande, que si hubiese peso para la pesar, y nos dijese que en el cabo del mundo había palabras de Dios para la doctrina del ánima, habíamos de pasar todo trabajo y peligro por oír unas palabras dichas de la suma Sabiduría, y hacernos discípulos suyos.

Aprovechaos de esta merced, pues Dios tan cerca os las dió. Y pedid al que tuviere cargo de encaminar vuestra ánima, que os busque, en la Sagrada Escritura, en doctrina de la Iglesia y dichos de Santos, palabras apropiadas para las necesidades de vuestra ánima, ahora sean para defenderos de las tentaciones, según el mismo Señor, ayunando en el desierto, lo hizo para nuestro ejemplo, ahora sean para estimularos a tener las virtudes que os faltan, ahora sean para haberos con Dios como debéis, y con vos, y con vuestros prójimos, mayores y menores e iguales; y cómo os habéis de haber en la prosperidad y en la tribulación, y finalmente, para todo lo que hubiéredes menester en el camino de Dios; de manera que podáis decir (Ps. 118, 11, 105): *En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar a ti... Tu palabra es antorcha para mis pies y lumbre para mis sendas.*

Y mirad no caigáis en curiosidad de querer saber más de lo que habéis menester para vos, o para la gente que tenéis a cargo; porque lo otro debéislo dejar para los que tienen cargo de enseñar al pueblo de Dios, como amonesta San Pablo (Rom., 12, 3), *que nuestro saber sea con templanza.*

CAPITULO 46

Que la Escritura santa no se ha de declarar por cualquier juicio (1), sino por el de la Iglesia romana; y donde ella no declara, se ha de seguir la conforme exposición de los Santos; y del grande crédito y sujeción que a esta Iglesia santa debemos tener.

Habéis de saber que la exposición de la Escritura divina no ha de ser por seso o ingenio de cada cual; porque de esta manera, aunque ella *en sí* sea certísima, pues es palabra de Dios, sería, *para lo que toca a nosotros*, cosa muy incierta, pues comúnmente suele haber tantos sentidos cuantas cabezas. Y como nos convenga mucho tener suprema certidumbre de la palabra que hemos de creer y seguir, pues que hemos de poner, por su confesión y obediencia, todo lo que tenemos y la misma vida, no estuviera bien proveído el negocio, si los diversos sentidos de los hombres no dejaran tener certidumbre a la palabra en el corazón del cristiano. A sola la Iglesia Católica es dado este privilegio, que interprete y entienda la divina Escritura, por morar en ella el mismo Espíritu Santo que en la Escritura habló. Y donde la Iglesia no determina, hemos de seguir la concorde y unánime interpretación de los santos, si no queremos errar. Porque de otra manera, ¿cómo se puede bien entender con espíritu ni ingenio humano lo que habló el divino, pues *cada escritura se ha de leer y declarar por el mismo espíritu con que fué hecha?*

Y también habéis de saber, que declarar cuál escritura sea palabra de Dios, para que por tal sea de todos creída, no pertenece a otro sino a la misma Iglesia cristiana, cuya cabeza en la tierra, por divina ordenación, es el Romano Pontífice. Y tened por cierto, como San Jerónimo dice, que «cualquier persona que, fuera de esta Iglesia y casa de Dios, comiere el cordero de Dios, profano es, no cristiano». Y quienquiera que fuere hallado fuera de ella, necesariamente ha de perecer, como los que no entraron en el arca de Noé

(1) *Juicio*: seso, dijo el autor.

fueron ahogados con el diluvio. Esta es la Iglesia a la cual manda el Evangelio que *oigamos, y que a quien no la oyere tengamos por malo y por injel* (Mt., 18, 17). Y ésta es la Iglesia de la cual dice San Pablo que *es columna y firmamento de la verdad* (1 Tim., 3, 15).

Y a creer que esto es así, nos inclina y alumbra la misma fe infundida de Dios, de que arriba hemos dicho, como a uno de los otros artículos, y con la misma e igual certidumbre; y hasta aquí así se ha creído de esta Iglesia. Y por haberse apartado en nuestros tiempos una gente soberbia (2), y por eso del demonio engañada, no por eso deja la Iglesia de ser lo que era, ni nosotros debemos dejar de creer lo que antes creíamos. Por tanto, contra esta Iglesia no os nueva revelación, ni sentimiento de espíritu, ni otra cosa mayor ni menor, aunque pareciese ser *ángel del cielo* (Gal., 1, 9, 19) quien contra ella decía, porque serlo en la verdad no es posible. Y menos os muevan doctrinas de herejes, pasados, presentes o por venir, los cuales, desamparados de la mano de Dios por su justo juicio, siguen luz falsa por verdadera, y perdiéndose ellos, son causa de perdición de cuantos les siguen. Mirad en lo que han parado los que se apartaron en tiempos pasados de la creencia de esta Iglesia, y cómo fueron semejables a un ruido de viento, que presto se pasa y luego se olvida. Y mirad por otra parte la firmeza de nuestra fe y de nuestra Iglesia, y cómo ha quedado por vencedora; y aunque combatida desde su nacimiento, nunca vencida, *por estar fundada sobre firme piedra* (Mt., 6, 25), contra la cual, *ni lluvias, ni vientos, ni ríos, ni las puertas de los infiernos pueden prevalecer* (Mt., 16, 18).

Cerrad, pues, vuestras orejas a toda doctrina ajena de la Iglesia, y seguid la creencia usada y guardada de tanta muchedumbre de años; pues es cierto que en ella han sido salvos y santos grandísima muchedumbre de gente. Porque no veo cosa de mayor locura, que dejar el hombre un camino por el cual han caminado personas muy sabias y santas, y han ido al cielo, por seguir a unos menores en todo bien, sin comparación, que los pasados, y solamente mayores

(2) Com ate el autor la herejía luterana, que, rechazando la autoridad de la Iglesia en la interpretación de la Biblia, atribuía infalibilidad al espíritu privado.

en la soberbia y desvergüenza de querer ser más creídos sin prueba ninguna, más de la de su propio parecer, que la muchedumbre de los pasados que tuvieron divinal sabiduría, y excelentísima vida, y muchedumbre de grandes milagros; siendo el principal de los que éstos engañados siguen, un Lutero, tan flaco en su carne, que ni pudo vivir, según él lo dice, sin mujer, ni muerta una, vivir en castidad sin tomar otra (3); habiendo muchos que se contentaron con una, y otros que ni aun quisieron tener una, por vacar a Dios con mayor limpieza y libertad. ¿Cómo llamaremos espíritu bueno al que en aquel mal hombre vivía, pues no tuvo fuerza para darle castidad, aun de las más comunes, siendo la que él prometió de las más altas, teniéndola muchos, a quien él fuera razón que siguiera como a mejores? Y pues el Señor dice (*Mt., 7, 16*) *que por los frutos conoceremos el árbol*, espíritu de la tierra y de flaqueza de carne y del demonio moraba en él, pues tales frutos hacía, y otros peores. Esperad un poco, y veréis el fin de los malos, y cómo *los vomitará Dios* con extrema deshonra, declarando el error de ellos con manifiesto castigo, como de los pasados ha hecho.

CAPITULO 47

De cuán terrible castigo es permitir Dios que uno pierda la fe; y cómo justamente es quitada a los que no obran conforme a lo que ella enseña.

Quien tuviere lumbre con que juzgar que los bienes y males verdaderos son los espirituales, ya ve de presente el recio castigo de Dios sobre aquesta gente, y tal castigo que ninguno es mayor sino sólo el infierno (*Jerem., 10, 7*). *¿Quién no te temerá, oh Rey de las gentes? Y (Ps. 89, 12) ¿quién conoció el poder de tu ira, o la podrá contar con el gran temor de ella?* Los grandes castigos de Dios, que se deben temer so-

(3) Lutero, a pesar de ser sacerdote y religioso profeso, tomó por mujer a Catalina Bora, también religiosa profesada, la cual le sobrevivió; no tuvo otra. El Maestro Avila, al atribuirle segunda mujer, se hace eco de una fábula que corrió por España.

bre todos, no son los males de hacienda, ni honra, ni vida; mas dejar Dios endurecer en el pecado a la voluntad del hombre, o dejar cegar con error al entendimiento, mayormente en cosas de fe, éstas son las heridas del furor divinal; heridas, no de padre, sino de justo y riguroso juez, de las cuales se entiende con mucha razón lo que Dios dice en Jeremías (30, 14): *Con herida de enemigo te herí, con riguroso castigo.* Aunque no usa Él de este rigor de juez, sino habiendo primero usado de misericordia de padre.

Y si bien miráis, tiene esta ceguedad del entendimiento este particular mal, más que la dureza de la voluntad; que aunque ésta sea mucha, aun hay alguna esperanza de alcanzar remedio. Porque como le queda al hombre la fe, aunque muerta, tiene conocimiento que hay remedio en la Iglesia para su pecado, lo cual es grande ayuda para levantarse y remediarse. Mas quien yerra en la fe, ¿cómo lo buscará, o cómo lo hallará, pues que fuera de la Iglesia, no lo podrá hallar, porque no lo hay? Y el que hay en la Iglesia no lo busca, porque no lo cree; y así queda perdido. *Palabra es que Dios hace en Israel, que a quienquiera que la oyere, le retñirán las orejas de puro temor* (1 Reg., 3, 11).

Mas tan grande castigo no viene sin grande justicia; la cual declara San Pablo diciendo (Rom., 1, 18): *Descúbrese la ira de Dios desde el cielo sobre toda la maldad de aquellos hombres que detienen la verdad de Dios en la injusticia.* Y el intento del Apóstol en aquel lugar es aquéste: que hubo hombres que *aunque conocieron a Dios, no le sirvieron como a Dios; antes se hincharon con ciega soberbia,* y teniendo verdad en el entendimiento, obraron maldad con la voluntad. De manera, que la verdad de Dios estaba en ellos *detenida* o encarcelada, pues no hacían lo que ella enseñaba, mas lo que la mala voluntad de ellos quería. Y porque la verdad de Dios es cosa muy excelente, y la da Él por grande merced, para que siguiéndola el hombre con la afección, la honre, y alcance la virtud y se salve. Y si el tal hombre no mira esto, y la trata de arte que ni hace lo que ella le enseña, ni la tiene en lugar limpio como ella merece, hace en ello una gran deshonra contra Dios que la dió, y contra la verdad dada por Él. Y si ella tuviese

lengua, pediría a voces justicia contra el tal hombre; porque siendo ella tan preciosa joya, y que tanto puede al hombre aprovechar, está *detenida*, sin la oír, ni hacer lo que dice, y aposentada entre la hediondez de pecados que el tal hombre tiene en su voluntad. Y así como puede, a semejanza de la sangre de Abel (*Gen.*, 4), da voces pidiendo venganza. Porque aunque el tal hombre no le quita la vida de ser verdad, pues se compadece fe verdadera con vida mala, quítale la eficacia que tuviera en el obrar, si no la impidiera, mas le ayudara con su voluntad a obrar lo que ella enseñaba. Y estas voces óyelas Dios, que es el que dice (*Lc.*, 12, 47): *El siervo que conoce la voluntad de su Señor y no la hace, será azotado con muchos azotes.* Entre los cuales, el mayor de los que en este mundo da, según hemos dicho, es permitir que el tal hombre caiga en error, en pena de sus pecados. Y así fueron castigados aquéllos con caer en tan ciega idolatría, que *vinieron a adorar por Dios las aves y serpientes y bestias.* Y porque quitaron a Dios la honra que como a Dios se le debía, y la dieron a cuya no era, tornóles a castigar Dios este pecado de idolatría con permitirlos caer en tan feos pecados, que es temor pensarlos y vergüenza decirlos.

Y aunque los castigados con este castigo sin duda caerán en pecados, mas su caída es tan libre, como lo es en los otros pecados, en que por su propia voluntad caen. Y por muchos que sean los unos y otros, no les está cerrada la misericordia de Dios, si se quieren acoger a sus piadosas entrañas. El *poder* de Dios se manifiesta en lo priméro, su *sabiduría* en lo segundo, y su *bondad* y misericordia en lo tercero.

Y por este norte que el Soberano Juez castigó a estos soberbios gentiles, castigó también a los ingratos judíos; y con mucha razón, pues les dió más conocimiento que a los gentiles; del cual usaron tan mal, que a la misma *Luz verdadera*, que es Jesucristo, lo negaron con infidelidad, y lo crucificaron por mano de los gentiles. Y porque quisieron apagar aquella Luz soberana, sin la cual no hay luz ni verdad, quedáronse en obscuras tinieblas y eternal perdición, si no se convirtieren al servicio del Señor que negaron. Mas veamos cuál fué el motivo que los trajo a tan grande mal, de descreer a la Luz que presente

tenían. Responde San Juan (3, 19): *Amaron más los honores las tinieblas que la luz, porque eran sus obras malas; y todo aquel que mal hace, aborrece la luz.* De manera que porque el Señor y su doctrina encaminaban a toda verdad y virtud, y ellos amaban la mentira y maldad, no lo podían oír ni mirar; ni quisieran que hubiera luz de doctrina que descubriera la santidad falsa que ellos tenían; ni que hubiera ejemplo de perfecta vida, en comparación de la cual era condenada la suya por mala. Y de la raíz de esta voluntad, así depravada, salio el fruto de negar y matar al celestial Médico que los venía a curar. Y quedaron tales, cuales mucho tiempo antes los habia pintado el Profeta David, cuando de ellos dijo (Ps. 68, 24): *Sean obscurecidos sus ojos porque no vean, y su espinazo ande siempre acorvado;* porque quedaron sus ojos sin lumbre de fe, y con voluntad aficionada a cosas de la tierra.

CAPITULO 48

En que se prosigue más en particular lo ya dicho; y se declara lo que se requiere para entrar a leer y entender las divinas Letras y Doctores santos.

Pues si Dios celó tanto la honra de su conocimiento que dió a los gentiles, y el que dió a los judíos, ¿cuánto celará el que da a los cristianos, pues es mayor sin comparación que el que unos y otros tuvieron? Y pues muchos usan muy mal de este conocimiento de fe tan excelente, no es maravilla que algunas veces hiera Dios a los tales con este terrible castigo, de dejarles caer en herejías como a los pasados. ¿Por ventura no vemos cumplido con nuestros ojos lo que San Pablo profetizó de los tiempos postreros, diciendo (2 Tessel., 2, 10) *que habia Dios de enviar a unos hombres operación de error, para que crean a la mentira, y mentira contra la fe?* Pues nadie hay que ignore la desventurada y grande eficacia con que tanta gente ha abrazado de corazón la luterana herejía, que claramente se ve haberles Dios enviado esta *eficacia de error para creer a la mentira*, como dijo San Pablo. Mas no envía Dios cosa de éstas, incitando al hombre a que crea mentira, ni a que haga

maldad; porque *no es tentador de los malos*, según dice Santiago Apóstol (1, 13); mas dicese enviar *operación de error*, cuando con justo juicio deja al entendimiento del hombre ser engañado por falsas razones o falsos milagros que le haga otro hombre o el perverso demonio; y así sienta *una eficacia* dentro de sí *para creer aquella mentira*, que le parezca que es movido a creerla como una muy grande y saludable verdad. Recio juicio de Dios es aqueste; y pues Él es justo, grande debe ser la culpa en cuyo castigo se hace. Y cuál sea esta culpa, el mismo San Pablo nos lo declara diciendo (2 Tessel., 2, 10): *Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos*. Porque si miráis cuán poderosa cosa es la verdad que creemos para ayudarnos a servir a Dios y ser salvos, pareceros ha grave culpa no amar esta verdad y seguir lo que ella enseña; y muy mayor, hacer feas obras contra todo lo que ella enseña. ¡Cuán lejos había de estar de ofender a Dios quien cree que para quien le ofende hay fuego eterno, con otros innumerables tormentos, con que sea el tal castigado mientras Dios fuere Dios, sin esperanza de todo remedio! ¿Cómo se atreve a pecar quien cree, que, entrando el pecado por una puerta en el ánimo, Dios se sale por la otra? Y, qué tal queda, Señor, el hombre sin Ti, sentialo aquel que rogaba: *Señor, no te apartes de mí* (Ps. 34, 22). Porque, Dios ido, quedamos en muerte primera de culpa, y en víspera de muerte segunda, de culpa y pena infernal.

Con razón se maravillaba Job (6, 6) cuando decía: *¿Quién podrá gustar lo que, siendo gustado, trae consigo la muerte?* Mucha razón es, cierto, que el manjar que no gustaríamos creyendo al médico que dijese haber muerte en él, no lo gustásemos con perverso consentimiento, habiendo Dios dicho (Ez., 18, 20), *que el ánimo que pecare, aquella morirá*. ¿Por qué no obra en ti la fe que tienes a la palabra de Dios, lo que obra el dicho del médico, pues éste puede y suele engañar, mas Dios nunca? ¿Y por qué el haber dicho Dios que Él es galardón eternal de los que le sirven, no nos hace a todos con gran diligencia y esfuerzo servirle, aunque en ello pasásemos muy muchos trabajos y nos costase la vida? ¿Por qué no amamos a nuestro Señor, el cual creemos ser sumo

Bien, y habiéndonos El amado primero, aun hasta morir por nosotros? Y así en todo lo demás que esta sagrada fe tan poderosamente nos enseña y convida, cuanto es de su parte, y nosotros con grave culpa dejamos de seguir y seguimos obras contrarias. ¿Puede ser mayor monstruo, que creer un cristiano las cosas que cree, y hacer tan malas obras como muchos las hacen? Pues en castigo de que *no tuvieron amor a la verdad*, con la cual fueran salvos, poniendo en obra lo que ella enseñaba, que les sea quitada, dejándoles creer al error, es muy justo juicio de aquel Señor, que es *terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres* (Ps. 65, 5).

Y si miráis dónde armó Dios el lazo con que los juicios y herejes fuesen castigados, según hemos dicho, pareceros ha cosa más para temblar, que para hablar. Preguntadles a éstos que, en qué estriban para seguir su error con pertinacia tan porfiada; y deciros han los unos, que en la Escritura Sagrada del Viejo Testamento, y los otros que en la del Nuevo. Y veréis abiertamente cumplida la profecía del Profeta David, en que dice (Ps. 68, 23): *La mesa de ellos séales hecha en lazo, y en castigo y en tropiezo*. ¿Visteis nunca cosa tan al revés, tornarse la mesa de vida, en lazo de muerte? ¿La mesa de consolación y perdón, en castigo? ¿La mesa do hay lumbre para saber andar el camino que lleva a la vida, tornarse en tropiezo para errar el camino y caer en la muerte? Grande, por cierto, es la culpa que tal castigo merece: que el hombre se ciegue en la luz, y se le torne muerte la vida.

Justo eres, Señor, y justos tus juicios (Ps. 118, 137), y ninguna maldad hay en ti, mas hayla en los que usan mal de tus bienes; por lo cual es justo que tropiecen en ellos, y sea castigada la deshonra que hicieron a ellos y a Ti. Grande bien, Señor, y muy grande, es tu fe; acatada y obedecida y puesta en obra es razón que sea. Y grandes mercedes nos hiciste en darnos tu divina Escritura, tan provechosa y necesaria para te servir. Mas porque, siendo el viento que en este mar sopla viento del cielo, quisieron algunos navegar por él con vientos de tierra, que son sus ingenios y estudios, ahogáronse en él, permitiéndolo Tú. Porque así como en las parábolas que pre-

dicabas, Señor, en la tierra, eran secretamente enseñados aquellos que tenían disposición para ello, y eran otros con ellas mismas cegados por tu justo juicio (*Mt.*, 13, 11), así tienes Tú el profundo mar de tu divina Escritura, diputado para hacer misericordia a tus corderos, que nadan en el provecho suyo y ajeno, y también para hacer justicia con que los soberbios elefantes se ahoguen, y ahoguen a otros. Temida, y muy temida, debe ser la entrada en la divina Escritura, y nadie se debe arrojar a ella sino con mucho aparejo, como a cosa en que hay mucho peligro. Lleve quien hubiere de entrar en ella el sentido de la Iglesia católica romana, y evitará el peligro de la herejía. Lleve para aprovecharse de ella limpieza de vida, como dice San Atanasio, por las palabras siguientes: «Necesaria es la bondad de vida, y limpieza de ánimo, y cristiana piedad para la investigación y verdadera ciencia de las Escrituras.» Y después dice: «Porque sin limpieza de ánimo, y vida imitadora de santidad, no es posible entender los dichos de los santos. Que así como si alguno quiere mirar la luz del sol, limpia sus ojos y se pone más claro limpiándose, casi a la semejanza de aquel sol que desea mirar, para que así el ojo, hecho luz, pueda mirar la luz del sol; y también así como si alguno desea ver alguna región o ciudad, se acerca a ella por causa de verla; así el que desea alcanzar la inteligencia de los Santos, conviéndole primero lavar y limpiar su ánimo, y por semejanza de vida y costumbres, acercarse a los mismos Santos; para que así estando con sus deseos y vida, conjunto con ellos, entienda aquellas cosas que Dios a ellos reveló, y hecho casi uno de ellos, escape del peligro de los pecadores, y del fuego que en el día del juicio les está aparejado.»

Esto que ha dicho San Atanasio conviene mucho llevar, para sacar provecho de la divina Escritura. Porque sin esta limpieza de vida, bien podrá uno saber por la Escritura lo que Dios quiere en general, mas saber en particular el consejo de Dios, y qué quiere Dios, como dice el Sabio, no se puede saber por estudio humano, mas según él mismo dice (*Sap.*, 9, 17): *Tu sentido, Señor, ¿quién lo sabrá, si Tú no dieres sabiduría y enviases de las alturas el Santo Espíritu tuyo?* Esta sabiduría es la que enseña el

agradamiento de Dios en particular, la cual no mora en los malos. Y cuando ésta persevera en el hombre con experiencia de santos trabajos, humildes oraciones y frutos de buenas obras, hace a un hombre verdaderamente sabio, para que, con la lección de la Escritura y larga experiencia, pueda enseñar a los otros a manera de testigo de vista, y dar en la vena del ajeno corazón, enseñado por lo que pasa en el suyo. Y sin esto, si una vez acertare, errará muchas, y será de aquellos de los cuales dice San Pablo (1 *Tim.*, 1, 7): *Que queriendo ser enseñadores de la Ley, no entienden las cosas que hablan.*

Conviene también ayudarse el hombre que quiere estudiar la Divina Escritura, del socorro y exposición de los Santos, y aun de escolásticos; porque lo que del estudio de la Divina Escritura se saca sin llevar estas cosas, probádolo ha Alemania (1), mas por su mal.

CAPITULO 49

Que no debemos ensoberbecernos viendo que otros pierden la fe que nosotros no habemos perdido, antes humillarnos con temor; y de las razones que para ello hay.

No saquéis vos de oír estas caídas ajenas alguna soberbia de corazón, con que digáis: No soy yo como aquellos que tan feamente han perdido la fe. Acordaos de unos hombres que contaban a nuestro Señor que Pilato había muerto a cierta gente de Galilea en mitad de unos sacrificios que hacían (*Lc.*, 13, 1); y llevaban los que esto contaban un liviano complacimento en su corazón, con que se tenían por mejores que aquellos que habían hecho cosas merecedoras de que los matase Pilato. Y como el Soberano Maestro entendía la tal soberbia, sin que ellos la manifestasen, queriéndolos desengañar, les dijo de esta manera: *¿Pensáis que aquellos hombres de Galilea eran mayores pecadores que todos los hombres de aquella*

(1) Refiérese a la multitud de herejías y a las revoluciones sociales producidas por el desentreno en la interpretación privada de la divina Escritura.

provincia, porque vino tal castigo sobre ellos? ¿O pensáis que aquellos dieciocho hombres sobre los cuales cayó la torre en Siloé y los mató, eran mayores pecadores que todos los otros hombres que moraban en Jerusalén? Yo os digo que no, y que si penitencia no hiciéredes, todos juntamente pereceréis. Este mismo sentido tiene San Pablo, cuando dice (Rom., 11, 19): Por la incredulidad fueron cortados los judíos, que eran ramos en la oliva de los creyentes, y tú por tu fe estás en pie. No quieras ensoberbecerte, mas teme, porque de otra manera también serás tú cortado.

Los castigos de Dios hechos en otros, humildes y cautos nos deben hacer, no soberbios. Que dondequiera que en nuestros tiempos infelicísimos queramos mirar, hay que llorar y que decir con Jeremías (*Jerem., 14, 18*): *Si salgo al campo, veo muertos a espada; si entro en la ciudad, veo muertos y desperdidos con hambre.* Los primeros son los que se han salido de la ciudad, que es la Iglesia; gente que está sin cabeza, porque *la espada de la incredulidad les ha quitado la cabeza que Dios dió a los cristianos, que es el Romano Pontífice; y los segundos son muchos de los que en la ciudad de la Iglesia tienen sana la fe, mas están miserablemente muertos de hambre, porque no comen manjar de la obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Cosas son éstas dignas que las sintamos, si sentido tenemos de Cristo, y que las lloremos delante su acatamiento y le digamos: ¿Hasta cuándo, Señor, no habrás misericordia de aquellos por los cuales derramaste tu sangre y perdiste la vida en la cruz con tantos tormentos? Y pues el negocio es tuyo, sea también de tu mano el remedio, pues que de otra mano es imposible venir.*

Tened, vos, doncella, cuidado de sentir y pedir esto; pues si a Cristo amáis, habéis de tener dentro de vuestro corazón entrañable compasión de las ánimas, pues por ellas murió Jesucristo. Y también os conviene mucho mirar cómo vivís, y cómo os aprovecháis de la fe que tenéis, porque no os castigue Dios con dejaros caer en algún error con que la perdáis, pues habéis oído con vuestras orejas cuánta gente la ha perdido por las herejías del perverso Lutero; y

otros hay que han negado a Cristo en tierra de moros, por vivir según la ley bestial de Mahoma (1). En lo cual veréis cumplido lo que dice San Pablo (1 *Tim.*, 1, 19): *que por haber desechado algunos la buena conciencia, perdieron la fe*; ahora sea—como arriba dijimos, cuando hablábamos de los motivos para creer—, porque la misma mala conciencia poco a poco hace cegar el entendimiento para que le busque doctrina que no contradiga a sus maldades; ahora porque el Soberano Juez, en castigo de pecados, permita caer en herejía; ahora sea por lo uno o por lo otro, es cosa para temer, y poner cuidado de lo evitar.

Y aunque esto no acaezca a todos los malos cristianos, pues aunque estén en pecado mortal, no por eso pierden la fe, según hemos dicho, mas en cosa que tanto nos va, el haber acaecido a uno solo, es razón que ponga a todos cuidado y temor de huir aquella ocasión. Que, cierto, bien lejos estaban los corazones de los once Apóstoles de entregar a la muerte a Jesucristo nuestro Señor; y porque Él dijo que uno de ellos lo había de entregar, temieron todos, y dijeron (*Mt.*, 26, 22): *¿Por ventura, Señor, soy yo?*, temiendo que podían por su flaqueza caer en lo que de presente se sentían libres.

Para todo lo cual os será muy provechosa palabra la que entre manos tenemos: *Inclina tu oreja, obedeciendo con fe a Dios y a su Iglesia, y no tener entendimiento escudriñador, que sea oprimido de la Majestad*, según está amenazado en la Escritura (*Prov.*, 25, 27). Porque los que quieren tantear las inefables cosas de Dios con la pequeñez de su entendimiento y razones, acaéceles lo que a los que miran en hito al mismo sol, que no sólo no ven, mas antes pierden la vista, y son rechazados, por el grande exceso que hay, de la luz que miran a los ojos con que la miran. Y así estos tales, buscando satisfacción por vía de entender y escudriñar, hallan dudas e inquietud. Porque no se comunica la sabiduría de Dios sino a los pequeños y humildes, que con sencillez se lle-

(1) Huyendo de la reforma promovida por el gran Cardenal Cisneros, muchos religiosos pasaron al Africa y renegaron de la fe.

gan a Él, *inclinando su oreja* a Él y a su Iglesia, y reciben de su bondad muy grandes mercedes, con las cuales queda el ánima satisfecha, hermoçada con *fe* y con *obras*; a semejanza de la hermosa Rebeca, a la cual fueron dados de parte de Isaac *zarcillos* para las orejas y *ajorcas* para las manos (*Gen.*, 24, 22).

Y porque nos fuese más encomendada esta sencilla sujeción de nuestro entendimiento, no se contentó el Espíritu Santo con amonestárnoslo en la primera palabra, diciendo: *Oye, hija*; mas amonestólo en esta que dice: *Inclina tu oreja*; para que sepan los hombres, que, pues Dios no habla palabras ociosas, en decirnos una sentencia por diversas palabras, nos quiere mucho encomendar este sencillo y humilde *creer*, principio de nuestra salud. Y si con ella se junta el *amor*, tendremos salud del todo perfecta.

CAPITULO 50

De cómo suelen ser muchos engañados dando crédito a falsas revelaciones. Y declárase en particular en qué consiste la verdadera libertad de espíritu.

No es razón que pase de aquí sin avisaros de un gran peligro que a los que caminan en el camino de Dios acaece, y a muchos ha derribado. El principal remedio del cual, consiste en el aviso que el Espíritu Santo nos dió, mediante aquesta palabra que dice: *Inclina tu oreja*. Y este peligro es ofrecerse a alguna persona devota revelaciones o visiones, o otros sentimientos espirituales, los cuales muchas veces, permitiéndolo Dios, trae el demonio para dos cosas: una, para con aquellos engaños, quitar el crédito de las verdaderas revelaciones de Dios, como también ha procurado falsos milagros para quitar el crédito de los verdaderos; otra, para engañar a la tal persona debajo de especie de bien, ya que por otra parte no puede. Muchos de los cuales leemos en los tiempos pasados, y muchos hemos visto en los presentes; los cuales deben de poner escarmiento, y dar aviso a cualquiera persona deseosa de su salud, a no ser fácil en creer estas cosas, pues los mismos que tanto crédito les daban primero, dijeron y avisaron, después